



HONORIS CAUSA PABLO GARCÍA BAENA

LAUDATIO DE JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS A PABLO GARCÍA BAENA

Comunicación Universidad de Salamanca | 20/04/2017

La poesía y en la filosofía nos acostumbran a las paradojas, preparándonos para las muchas que desgrana el paso de la vida. Aun así, no deja de ser sorprendente que cada doctor honoris causa tenga por padrino a alguien que en realidad ha aprendido mucho de él, de modo que el discípulo apadrina inmerecidamente a su maestro. Este es el caso hoy. Es el caso de muchos poetas y lectores de poesía que aprecian el magisterio de Pablo García Baena. Tengamos la certidumbre de que hoy vamos a investir doctor a un poeta docto.

En el mediodía justo que Paul Valéry y Jorge Guillén fijaron como hora poética perfecta, esta investidura marca la meta de un largo recorrido. Si nos deslumbra -o hasta nos embriaga- el rito inmemorial que suma la policromía de los trajes académicos a la polifonía de los cantos, ese deslumbramiento -o esa embriaguez- nos dará la mejor idea de la escritura de Pablo García Baena, cuyos versos ricos, pautados e impecables traducen la imaginería a vibración armoniosa, en una admirable sinestesia que sólo encuentra parangón en Góngora, y no hablo sólo de la literatura que se escribe en español, sino de la universal.

Hoy culmina un camino que empezó hace muchos meses. La propuesta partió del Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas y Humanidades Digitales, en el que se integran las lenguas y las literaturas, el arte y la historia. Pues bien, en ese intrincado mosaico no existe disciplina que no se haya visto interesada por la obra de este creador. Avalaron su candidatura la Junta de la Facultad de Filología y de modo particular tres departamentos muy próximos a su obra: el de Literatura Española e Hispanoamericana, el de Filología Clásica e Indoeuropeo, y el de Filología Francesa.

Recibió luego una abigarrada lista de adhesiones, cuyos nombres enumerados, siquiera sea parcialmente, suenan casi a poema contemporáneo con algún toque barroco y nos sugieren la próspera fronda que proyecta nuestro nuevo doctor. Entre otras, la Rectora de la Universidad de París VIII, los Decanos de Filología de la U.N.E.D. y de la Universidad de León, los Departamentos de Literatura Española de las Universidades de Sevilla y de



Málaga; con el nombre de grandes poetas, la Cátedras: Góngora de la Universidad de Córdoba, Valente de la de Santiago de Compostela, y Cernuda de la de Sevilla; las Fundaciones: Princesa de Asturias, Gerardo Diego, Loewe, Jorge Guillén, Zenobia y Juan Ramón Jiménez, y Vicente Núñez; el Instituto Cervantes; la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga, la Real Acadèmia de Cultura Valenciana; Catedráticos y Profesores de Español de Ca'Foscari en Venecia, Wuppertal, Reims, y Le Moyne en Nueva York, así como poetas de distintas generaciones y estéticas (Atencia, Carnero, Colinas, Siles, Villena, Correyero, Law Palacín, Lostalé, Elguero, Lamillar o Ruiz Noguera, entre otros), junto a personalidades prestigiosas de la Cultura, entre las que nombro a la exministra Carmen Calvo.

Aprobado el nombramiento de doctor honoris causa por el Consejo de Gobierno, la última palabra simbólica se reservó al Claustro de Doctores. Como en cualquier otra academia, la incorporación de un nuevo miembro es una decisión tomada libremente por sus pares, los Doctores, que, constituidos en una suerte de tribunal extraordinario, en el que estaban representadas, tal como reza su lema latino, todas las ciencias, humanidades y artes, valoraron como si fuera una tesis excepcional la obra valiosísima de Pablo García Baena, y corroboraron que su nombre, con anagrama victorioso, se inscribiera en negro en los libros de nuestros registros y en rojo sobre los muros de nuestro estudio.

El momento de la fiesta, cuando se ensancha el corazón, es el momento de la gratitud. Doy las gracias a todos los que han dado su aprobación a este doctorado, empezando, Señor Rector, por Vuestra Magnificencia, y digo como tratamiento italianizante que entraría bien en el vocabulario de nuestro doctor, pero también me refiero a vuestra generosidad que ha movilizado a todo un equipo: Secretaria General, Gabinete, Protocolo, Televisión de la Universidad y Maestro de Ceremonias. Gracias a los miembros del I.E.M.Y.R. y en particular a su director, el profesor Pedro Cátedra, quien con su finura y magnanimidad de humanista apoyó desde el primer momento una propuesta que tenía algo de aventura. A otro investigador de nuestro Instituto, Guillermo Carnero, poeta novísimo, catedrático de literatura, y, por encima de todo, especialista primero en Cántico y en García Baena, que impulsó de cerca esta iniciativa. A la poeta María Victoria Atencia, que la promovió con elegancia. A los miembros del Claustro de Doctores, de los que quiero recordar a Gregorio Hinojo, catedrático de Filología Latina, que habría estado hoy aquí, al tanto de los latines. Y a mis colegas y amigos los profesores Francisca Noguero Jimémez (que auspició al poeta ante la Facultad de Filología y contribuirá a esta ceremonia leyendo las palabras del doctor) y Juan Miguel Valero Moreno, que lo defendió ante el Consejo de Gobierno con el feliz resultado que nos ha traído aquí.

Pablo García Baena es el decano de los poetas españoles. Lo es por la excelencia de su obra, que ha merecido los más grandes honores, incluyendo el Premio Príncipe de Asturias

en una fecha tan temprana como 1984, el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana y el Premio Internacional García Lorca, además del galardón de la Asociación Colegial de Escritores que lleva el nombre de nuestro Nebrija.

En la posguerra formó parte del grupo Cántico, que al principio eran nada más (y nada menos) que unos cuantos amigos: los poetas Juan Bernier, Ricardo Molina y Mario López, y los pintores Ginés Liébana y Miguel del Moral. A ellos se sumó más tarde Vicente Núñez. Cántico aportó una tercera vía literaria, separada de la poesía garcilasista y de la social. Al reunir lo mejor de ambas demostró que la síntesis puede ser una forma de rebeldía, probablemente la más lograda: por un lado, la calidad formal enlazaba con nuestros Siglos de Oro y con la mejor poesía europea e internacional, en un cosmopolitismo cuya disidencia ha sido la de más largo recorrido. Por otro lado, su erotismo y su vitalidad radical desafiaban abiertamente los postulados oficiales, y mostraban que una opción estética íntegra tiene repercusiones políticas de mucho alcance. Conjugó la herencia renacentista con la barroca, como momento único, que coincide con las investigaciones más lúcidas del mundo académico. La revista Cántico, que codirigió junto a Ricardo Molina y Juan Bernier, publicó veintiún números entre 1947 y 1957, siendo el principal el homenaje a Luis Cernuda, detalle y golpe luminosos en esos años sombríos.

Su poesía continúa y emula a Garcilaso, a Fray Luis, a San Juan de la Cruz y, sobre todo, a Góngora, de cuya estética ha sido defensor durante décadas. Siendo ya San Juan de la Cruz doctor *honoris causa* nuestro, y habiendo pasado Góngora por estas aulas, resulta casi inevitable que invistamos doctor a este discípulo de ambos, que ha honrado también las enseñanzas de Bécquer, Rubén Darío, Antonio y Manuel Machado y Juan Ramón Jiménez.

García Baena y Cántico encarnan una etapa de nuestra literatura. A las puertas del VIII Centenario de nuestra Universidad, este poeta, autorretratado como “casi un centenario” establece un vínculo vivo y directo entre los poetas del 27 (singularmente Cernuda, Aleixandre, Guillén, Gerardo Diego y Dámaso Alonso) y los que son estudiantes ahora mismo. Lo reconocen como maestro prácticamente todas las promociones y tendencias de los poetas actuales que se acogen a la estirpe literaria. Se cuentan entre sus seguidores poetas del 50 como María Victoria Atencia o Antonio Carvajal, novísimos como Carnero, Siles, Gimferrer, Colinas o Villena, poetas de la experiencia, especialmente García Montero y Benítez Reyes, mujeres incluidas en *Las Diosas Blancas* como Ana Rossetti o Isla Correyero, poetas de los 90 y otros del nuevo milenio.

Sería ocioso recordar que García Baena nació en Córdoba. Él ha hablado de los vínculos esdrújulos (Góngora, Córdoba, Cántico, a los que debemos añadir otro: el de Séneca). Del bachillerato en el Colegio Francés pasó a la Escuela de Arte. Trabajó en el catálogo

artístico de la Provincia de Córdoba y después como anticuario, hasta su dedicación plena a la literatura.

Su primer libro es de 1946. El último, de 2015. Ocho décadas creativas han visto cómo se sucedían sus títulos memorables. Los primeros fueron *Rumor oculto* dudaba entre el signo romántico y renacentista: “Jarrones decadentes /en un parque neoclásico /el acanto acaricia / estatuas mutiladas”. *Mientras cantan los pájaros* se desbordó en versos largos y poemas magnos: la “Oda a Gregorio Prieto”, el “Llanto de la hija de Jephté” o “Verónica” hicieron que fuera saludado como “divino poeta” por uno de sus lectores. Temprano y para siempre se autorretrató García Baena como *Antiguo muchacho* cuya nostalgia va del “Alma feliz por siempre, pues lo fuiste un instante” a las largas tardes de la adolescencia: “Bajo la dulce lámpara/el dedo sobre el atlas entretenía el muchacho en ilusorios viajes/ y un turbador perfume de aventuras /salpicaba de sangre el mar antiguo de los corsarios”. Le siguieron *Junio* (un libro de felicidad solar) y *Óleo*, su reverso, un código ascético, cuyo nombre alude tanto al ritual católico como a la técnica pictórica. El poeta que había cantado: “mis párpados se tiñen con el violento jacinto de la dicha” pasó a identificarse con “El monje en la ventana”. Pronto se volvió famoso su “Palacio del cinematógrafo”, poema que empieza y termina melancólicamente con una bella evocación de la soledad en las butacas numeradas: “Y yo, ya sabes dónde: impares, fila 13”.

Antes que el tiempo acabe fue escrito con una beca de la Fundación Juan March y remite a Cernuda y por él a otro gran sevillano, Fernández de Andrada, devolviendo al barroco su condición “moral”. En Delfos, exclamó “mente, habla/ silente trípode”. Y en Venecia, “erizada de escamas como un reptil heráldico” contempló cómo “se abrazan los tetrarcas en el pórvido”. Entonces entonó su inolvidable “Rogativa por la serenidad”, cuyo idioma viene de la liturgia y llega a lo sublime de lo cotidiano, que ya suena ligeramente anacrónico: “Rellena el cuestionario, /letra clara, mayúsculas, /a ser posible máquina, /antes que el tiempo acabe”.

Gozos para la Navidad de Vicente Núñez recopiló una colección de villancicos en la mejor tradición doble, popular y culta, religiosa y *pop*. Así el *Espiritual Negro* en el que detectarán ustedes una palabra de la música que nos acompaña hoy:

- Negra, vente pa Belena.
- ¿Pues qué pasa, Magalena?
- Pasa el carnaval de Río,
samba y frío;
pasa el Rey Don Baltasara,

chirimía y algasara
con nuestros primos del Congo,
mambo y bongó,
asánder de Tombutú.
- ¿Qué me pongo?
Dime tú...
- Ponte la ropilla asú
con galón de prata antiga.
- Dime, amiga,
¿Seré negra pa Jesús?
- ¿No es lo tinto la hermosura?
Oscura es la Virgen pura
y el Niño de cañadú,
miel morena.
- Negra, vente pa Belena.

En 1990 publicó *Fieles guirnaldas fugitivas*, un libro de madurez perfecta. Para el sensual, el placer del erotismo no difiere del de la arquitectura. Su noche puede tomar un apunte pagano: “Siempre se colocaba en el rincón del bar que le favorecía. /Donatello o Verrocchio le rizaban la ménade cabeza /a las cambiantes luces giratorias, /mientras un rayo fijo cincelaba su mano”. O un apunte religioso en la Mezquita-Catedral: “Ruzafa de los mármoles, están prestas las lámparas /que mano y fe distintas avivan en la noche /de los arcos sombríos, con llama igual y ciega”. En esas páginas, donde la amistad tiene su *De amicitia*, y los libros su *Sala de lectura*, se formula una pregunta que muchos universitarios nos hacemos: “llegan todos los días libros ¿nuevos?”.

Dieciséis años después vio la luz *Los Campos Elíseos*, en el que la ancianidad se cumple dulcemente: “duerme en el sueño de los atadores /entre el perfume de la hierba humilde. /Mientras vela la casa el mote heráldico: / *Padecer por vivir*”.

Si sus obras centrales abundan en el versículo largo (bíblico, arábigo y whitmaniano), “y las jónicas islas/ se yerguen como mitras de mármol sobre las aguas”, en los más recientes asoma el verso breve y el poema desnudo: “Había un vaso con lilas/ pintadas, goteantes/

en aquel lienzo de la Frick Collection”. Si a eso agregamos su dominio de las estrofas populares -romances, villancicos- y del soneto clásico, podemos concluir que estamos ante un poeta de una pieza.

Su obra completa ha sido publicada varias veces por Visor y se cuenta ya entre los clásicos hispánicos de ediciones Cátedra. Nuestra Universidad y el Patrimonio Nacional editaron su antología *Rama fiel*, con motivo del Premio Reina Sofía de de Poesía Iberoamericana. El Premio, que celebra su XXV edición, renueva hoy el vínculo que estableció con el Doctorado en el año 2000, al concedérsele este honor a José Ángel Valente.

Pablo García Baena es Académico de honor de tres Academias, miembro del Patronato de distintas Fundaciones y Director Emérito del Centro Andaluz de las Letras. Pero hablemos de sus cualidades personales. Oigamos a cuatro poetas muy distintos. Su compañero de grupo Ricardo Molina lo calificó como “el último ciprés” aludiendo a la altura del proyecto vital, a la belleza de su entrega al arte, a la soledad y al acompañamiento (sombra, frescor) que todo artista aporta a sus conciudadanos. Luis García Montero, colega también por catedrático universitario, ha señalado “la exigencia de una ética distinta”. Luis Antonio de Villena ha calificado su obra con adjetivos que valen para la persona: “poeta puro. Finísimo poeta perdido con su mundo lleno de lujo y de doradas pasiones (...). La poesía es sólo la encumbración de lo que somos”. Y recuerda un aviso de García Baena que debemos leer como si fuera otro emblema humanístico de nuestro claustro: “Vivir es lo más importante”. En fin, cuando en 1984 se le concede el Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Vicente Aleixandre, que había recibido el Premio Nobel unos años antes, lo celebra rotundamente: “Me adhiero al homenaje a nuestro gran Pablo García Baena y evoco aquel día primero en que lo conocí en 1948... se levantaba como una estrella, como una anunciación que tendremos que llamar irresistible”. Yo me limito a decir que es un hombre de bien y de concordia.

García Baena es lo que debe ser un poeta: un soberano del idioma. Minucioso cual orfebre, ha embellecido la lengua española, labrando uno de los léxicos más ricos de toda nuestra literatura. Versos suyos son “Adunco sacre torvo” o “el desprecio, pupilas minerales, vacías, /enfoscadas de nácares” y en fin: “el exarca cubrió de joyas bárbaras /apoxiomenos”. Es señor de la metáfora y de los cinco sentidos. Por eso pudo dirigirse a un cedro llamándolo “suave negrura perfumada”. La presencia del Arte, con vocabulario asombroso, es una constante en sus versos: pintura, escultura, fotografía o tapices van de la mano de arquitectura y urbanismo, en un poeta pionero en la defensa del Patrimonio: “Llueve sobre las torres leoninas. Las cajas/ wagnerianas redoblan la foscura del trueno. / Estoy mojado y solo en la seo pulquérrima”. Es fecundo su trato con otras literaturas, si podemos llamar otras a la gallega (en la que ha escrito algún poema), la catalana (de la que promovió traducciones en los años 50), la arábigo-andaluza y la

bíblica. Tampoco son otras, en realidad, la francesa, la italiana, o la inglesa y norteamericana, porque la literatura es única. De ahí el entronque del poeta con la Tradición Clásica Grecolatina, que se acredita en estrofas, mitos y en un ascetismo horaciano, a veces epicúreo y a veces estoico. Su paganismo cultural confluye calmadamente con el cristianismo, igual que ha confluído en muchos grandes artistas anteriores, en una síntesis que empezó a fraguarse en la Antigüedad y floreció en el Renacimiento. Eso sí, la estética católica —de poeta andaluz— destella como veta áurea de su escritura más honda. Ser ortodoxo ha acabado siendo la forma más alta de heterodoxia. Y viceversa.

Elogio, pues, su ética de la independencia, ejemplar para sus conciudadanos, y su estética de la lentitud, en la que ha habido muchos años de silencio, nombre que los poetas dan a su propia paciencia. Adalid de la obra bien hecha, García Baena se enfrenta tranquilamente a nuestro tiempo de prisas, urgencias y angustias. Propone un proyecto sereno que mantiene la vigencia del humanismo. Que este reconocimiento a su excelencia creativa se extienda en ondas concéntricas como una apología de la poesía, de las humanidades y de las artes. Todas ellas deben ser reivindicadas en esta desconcertante época. Él ha definido la poesía, es decir, la creatividad, como misterio y precisión, categorías de primer orden para nuestra cultura, imprescindibles también para la ciencia y la tecnología.

“Alma, este es tu reino”, anotó García Baena en un momento feliz. Quedémonos en él. Concluyo con un soneto que escribió para nuestra Universidad, cuando se le concedió, hace casi una década, el premio Premio Reina Sofía. En él, tras los pasos de Góngora, plantea una disyuntiva entre el oro y la plata, aunque los dos le valen para aludir al plateresco. Oirán ustedes las rimas habituales y otras nuevas. Verán cómo la naturaleza toma forma en la cultura, la urbe en la academia. Oirán palabras griegas como ágora y agonal; y otras latinas, como curul y foro. Asistirán a una conjunción única de procedimientos verbales: metáforas, sinécdoques y, sobre todo, una figura muy frecuente en la poesía antigua y muy rara en la actual: la hendíadis, aquella que como un golpe de magia convierte una cosa en dos. El poeta llamará a la ciudad por su universidad; a la universidad por su biblioteca, y a esta por sus libros, que en griego y en plural se nombran *biblia*. Y así definirá a Salamanca como “biblia del mundo y su sabiduría”. Es decir, si desplegamos ese desplegable: conjunto único y armonioso de libros que reúne la sabiduría del mundo. Eso vale para la biblioteca o para su proyección vertical, la fachada rica en la que se vuelcan simbólicamente todos los códigos del interior. Casi escucharán ustedes sus pasos llegando a nuestra *enkyklopaidea* y subiendo nuestra prodigiosa escalera, esa que dentro de unos minutos vamos a subir todos con la hermosa precisión del protocolo, ascenso en el que el intelecto no puede dissociarse del espíritu. Ese itinerario profético

(y los grandes poetas tienen siempre un vislumbre de profecía) se cumple en esta hora meridiana de un día de abril. Demos ya la bienvenida a Pablo García Baena a la que ya es su universidad y su biblioteca, con sus propias palabras:

¿Salamanca es de oro, es el sonoro
fluir del Tormes bajo el noble puente?
¿O es de luna? Y es plata anocheciente...
¿Es ágora agonal, primado foro?

Alto curul de voces en el coro
de la ciencia, Unamuno renaciente,
Fray Luis del ayer y el hoy docente.
Góngora, lumbre del román decoro.

Si piso, torpe peregrino, el suelo
ilustre, admiro grave arquitectura,
y siendo sin igual tu hermosura

¿cómo levanto, ignaro, el corto vuelo
de estas letras, ciudad de la armonía?
Biblia del mundo y su sabiduría.

Muchas gracias.

Juan Antonio González Iglesias

Universidad de Salamanca

Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas y Humanidades Digitales

Departamento de Filología Clásica e Indoeuropeo

Más información:

Área de Comunicación de la Universidad de Salamanca. Telf.: 923294412. Correo electrónico:
comunicación@usal.es

Web: <http://saladeprensa.usal.es>

